

*Hacia Una Vida
Contemplativa.
Parte I*

© 2017 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: mayo 2017

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010517-016

Hacia Una Vida Contemplativa Parte I.

El viejo hombre y nuestra victoria sobre él.

Por muchos años ya, el Señor nos ha permitido considerar lo que es la iglesia, Su Cuerpo; de hecho lo empezamos a entender con más claridad desde el día que Dios en Su misericordia llamó al apostolado a nuestro hermano Marvin Véliz. Desde entonces hemos venido entendiendo lo concerniente al Cuerpo de Cristo, y cómo este debe desarrollarse bajo el principio de lo corporativo y lo orgánico; estamos hablando a la fecha de ya más de nueve años aproximadamente. Todo este tiempo atrás el Señor nos ha dado abundante conocimiento sobre los asuntos que atañen a la Iglesia, su expresión local, el gobierno que ésta debe tener, cómo debemos reunirnos, etc., cosas que las hemos hablado a la sociedad, y que de alguna manera han venido a ser ya nuestra práctica de Iglesia.

S
E
M
A
N
A
-
1
-
16
/
05
/
17

En definitiva, ha sido maravilloso entender lo concerniente al Cuerpo de Cristo, pero siempre hemos cojeado en cuanto a la práctica y la vivencia de la verdad; obviamente esto no sólo nos sucede a nosotros sino a toda la Iglesia en general. En estos tiempos tan modernistas en los cuales vivimos, cada vez es más difícil vivir lo que creemos, por ejemplo: leemos en la Biblia mucho acerca del amor de Dios, pero no lo experimentamos a plenitud ni en nuestro círculo más cercano; leemos acerca de la santidad pero seguimos siendo carnales, y así, tenemos un sinnúmero de cosas en el Evangelio que se vuelven utópicas, porque las hablamos pero no las vivimos.

Existen creyentes que de una vez consideran el hecho de nunca poder vivir a la altura del Evangelio, sencillamente ya están dando por sentado que nunca podrán vivir tal y cómo el Señor lo revela en Su palabra. Esta problemática no se da sólo en unos pocos creyentes, sino es un asunto bastante generalizado en la Iglesia de hoy en día. A lo largo de los años la Iglesia ha perdido algo en el camino, por ende, muchos viven en escasez espiritual. Esto es parecido como aquella gente que en un tiempo tuvieron mucho dinero, fincas, negocios, fábricas, etc. donde el dinero se gastaba pero se recuperaba, de repente se perdió el negocio, se perdió la finca y todo lo que tenían se empezó a acabar, pues, ya no podían darle mantenimiento a sus propiedades. La Iglesia después de veinte siglos de existencia ha entrado

en una pérdida paulatina de la cual no ha logrado recuperarse bajo ningún punto de vista, ni siquiera los famosos tiempos de “La reforma” fueron suficientes para recuperar la perdida tan grande que hubo en la Iglesia.

Si la iglesia hubiera entrado en una genuina recuperación en los tiempos de Martín Lutero, a estas alturas, quinientos años después, fuéramos otra cosa; pero nunca existió tal “Reforma”. Lo único que sucedió desde aquel entonces es “división”, “fragmentación”, “Surgimiento de denominaciones”, etc. Martín Lutero no fue más que una franca división de la religión católica; lo único que logró fue empezar un nuevo movimiento religioso, pero los principios nunca cambiaron. Cambiaron nombres, cambiaron puntos de vista, esquemas, etc. pero la esencialidad de la Vida de la Iglesia nunca cambió.

Nosotros venimos al conocimiento del Señor en medio de una Iglesia envuelta en religión, una iglesia institucionalizada, jerárquica, al punto que ni siquiera podemos pensar que pueda existir otra manera de ver la Iglesia. Hoy en día la Iglesia en general está tan alejada de lo que fue al principio, que la mayoría no saben para que Dios dejó apóstoles, sin embargo, casi todos han adoptado y aceptado estructuras jerárquicas como el “pastor evangélico”, personaje que carece totalmente de sustento bíblico, pero que le gustó a todo el mundo. Dos mil años después de que nuestro Señor instauró la Iglesia, ahora somos parte de

una generación que desconoce el génesis de ésta, y como dijimos anteriormente, aunque leamos la Biblia, cojeamos en la práctica y la vivencia de la verdad.

Por la bondad del Señor, nosotros hemos venido dejando atrás los vestigios evangélicos en los cuáles fuimos criados, y poco a poco hemos ido adquiriendo luz y conocimiento acerca de lo que Dios planeó para nosotros en esta era del Nuevo Pacto. Ciertamente, en este éxodo de la Iglesia institucionalizada hemos cometido errores, algunos de ellos muy grandes, otros más pequeños pero siempre errores a causa de no poder comprender la verdad de Dios en su totalidad. Ha sido difícil comprender el misterio de Cristo y la Iglesia, no es algo que nos ha sucedido de la noche a la mañana, pero conforme se nos ha venido aclarando el misterio, y a través de la perseverancia en la doctrina apostólica, ahora ya podemos compartir las cosas que atañen a esto con mayor claridad.

Hermanos, ciertamente la historia de la Iglesia nos muestra que no hemos vivido tal y como el Señor quiere. Si somos honestos, en una gran parte de nuestro ser no tenemos placer en las cosas de Dios, no nos deleitamos en Él, no nos sentimos verdaderamente gozosos de ser hijos de Dios, sino más bien el Evangelio se nos vuelve una batalla, una carga. Aunque también hay una parte en nosotros que desea agradar a Dios, no encontramos la manera de cómo alcanzar esa

meta, no hemos podido vivir para Él, no hemos podido tener una vida entregada, abnegada, con la cruz de Cristo en nosotros; ¿Por qué tenemos esta experiencia? ¿Dónde está el verdadero secreto para encontrar placer en Dios? ¿Cuándo podremos decir que estamos verdaderamente felices con el Señor? Aunque esto parezca pesimista, es nuestra experiencia, es lo que vivimos. Tenemos por otro lado la experiencia de saber que somos Hijos de Dios. El Espíritu Santo nos da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios, pero aún así suspiramos, amamos, y nos aferramos a las cosas del mundo. Por la experiencia, casi que pareciera que la doctrina del Señor en el Nuevo Testamento está errada. En los Evangelios encontramos frases hermosas que el Señor dijo, tales como: *“El que crea en mí, de su interior correrán ríos de agua viva”*; *“al que a mí viene, no lo echo fuera”*, *“Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”*; pero pareciera que todos estos ofrecimientos no tienen un lugar donde desarrollarse en nosotros.

Hubo un hermano en Cristo que se convirtió al Señor en los días de su juventud, el cual fue muy conocido por nuestro hermano Marvin Véliz; él asistía a todas las reuniones de Iglesia, iba a los discipulados, servía en muchas cosas, pero sobre todo, era muy conocido porque dirigía la alabanza de una manera muy preciosa. Hace unos meses este hermano falleció, y la causa de su muerte fue la adicción a las drogas. Por más de treinta años, a

pesar de ser un creyente genuino, a pesar de ser Hijo de Dios, a pesar de todo lo que él hacía en la Iglesia y tener un don muy especial en la alabanza, este hermano jamás pudo alejarse de las drogas. ¿Puede ser esto posible? Algunos religiosos contestan esta pregunta de la siguiente manera: *“Lo que sucede es que nunca conoció al Señor verdaderamente”*. ¡Qué fácil conclusión! En realidad la respuesta no debería ser tan sencilla. Tal vez la mayoría de nosotros no seamos drogadictos, borrachos, o inmorales, sin embargo, ¿cuántos de nosotros nos levantamos, caminamos en la vida, nos desarrollamos y realmente Dios no está en nuestra noticia? Dios no nos causa placer en lo interior, ni nos causa efecto en el exterior. A éstas alturas nos preguntamos: ¿Este conflicto en el que vivo es culpa de Dios? ¿el Evangelio no funciona? O ¿nosotros no hemos caminado la ruta correcta? Pues, al parecer, lo que nos ha acontecido es que no hemos ido en la ruta correcta para vencer nuestro viejo hombre.

La RUTA DE LA CONTEMPLACIÓN, muy probablemente, es la respuesta que estamos buscando, y no solo nosotros, sino los miles creyentes que ya no pueden disfrutar a Dios. Al inicio de nuestra caminata cristiana sentimos que la Vida divina causó un gran impacto en nuestro ser, pero algo pasó en el camino, algo se perdió; esperamos mediante la revelación del Señor recobrar esa gracia transformadora que nos de la victoria sobre nuestro viejo hombre.

Desarrollo:

Primeramente contestémonos una pregunta: *“¿Quién o qué es el viejo hombre?”* La responderemos de la siguiente manera: *“El hombre viejo es el estado caído de todo ser humano como resultado de la caída de Adán, más todo lo que el hombre experimenta a lo largo de su existencia”*. Podemos decir, entonces, que el viejo hombre está compuesto por dos factores:

- 1) *El estado caído que nos heredaron en Adán.*
- 2) *Todo lo que el hombre experimenta a lo largo de su existencia.*

A continuación veremos cada uno de estos factores que componen al viejo hombre:

1. El estado caído que nos heredaron en Adán:

No debemos considerar que el viejo hombre es sólo lo que nos han heredado nuestros padres. Este tal vez ha sido un error grande en nuestra doctrina. Por años tratamos de obtener respuesta a la problemática de la condición humana culpando a nuestros ancestros, es decir, al ADN heredado de nuestros antecesores. Alguien se preguntará: ¿Y eso no puede ser posible? Sí, pero no lo es todo. Seamos honestos, nuestro problema actual no es el abuelo “brujo” que tuvimos, o nuestro padre adúltero, porque nosotros al igual que ellos descendemos de una raza caída.

Alguien dirá: “Ah, pero yo tuve una abuela tremenda, de esas que asustan”. Si vamos a decir que nuestro viejo hombre es el resultado de lo que heredamos de nuestros padres, corriamos algo, no le echemos la culpa directa a nuestra abuela, sino al gen de la naturaleza caída que ella heredó de Adán. Hay muchos que son borrachos y nunca vieron a sus padres tomar bebidas alcohólicas, hay otros que son mujeriegos y nunca vieron un mal ejemplo de infidelidad en casa de sus padres. Si partimos de la experiencia y de lo que hemos observado a lo largo de varios años, el hombre viejo no es lo que nos heredaron nuestros padres inmediatos, sino lo que nos heredó Adán. En realidad nuestro conflicto con el viejo hombre se deriva del pecado que nos heredó Adán.

Erramos al averiguar los pecados y debilidades de nuestros ascendientes, pues, no sacamos ningún beneficio de saber quiénes eran ellos, y tampoco solucionamos nuestro problema reprendiendo los genes que ellos nos transmitieron. La práctica de reprender y renunciar a nuestra herencia genética, con miras a ser liberados de nuestro viejo hombre, no es algo bíblico. Obviamente, nuestros padres nos transmiten una herencia, tanto física, como psicológica, pero en cuanto al pecado es algo que lo venimos heredando desde Adán. El problema del pecado no radica en nuestros padres, o nuestros abuelos; aunque ellos hubieran sido personas decentes, de todos modos nuestra naturaleza seguiría siendo caída; en otras

palabras, usted es pecador no por culpa de su papá y su mamá, sino porque es adámico. Eso es lo que nos enseña la Biblia.

Retornando al concepto del viejo hombre, entendamos que es “*el estado caído de todo ser humano como resultado de la caída de Adán, más todo lo que el hombre experimenta a lo largo de su existencia*”.

Para ver que el pecado lo heredamos de Adán, podemos mencionar las siguientes citas:

1 Corintios 15:21 “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. v:22 Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”.

El apóstol Pablo nos dice claramente que el problema del hombre caído radica en Adán. La razón por la que no le podemos echar la culpa a nuestros ascendientes, es porque ellos también fueron víctimas de la caída de Adán. El asunto que tenemos que tener claro es que todos los seres humanos somos descendientes de Adán, y por lo tanto, todos somos pecadores.

2. Todo lo que el hombre experimenta a lo largo de su existencia:

S
E
M
A
N
A
-
2
-
23
/
05
/
17

Dice *Efesios 4:22* “*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos*”. Este verso nos dice que el hombre viejo está relacionado a “*La pasada manera de vivir*”, eso ya no es lo heredado de Adán, sino es lo que nos tocó vivir a cada uno de nosotros. Cada ser humano tiene una pasada manera de vivir en la que acumula muchas experiencias, tanto positivas como negativas, éstas son las que conforman al viejo hombre. No somos culpables de haber tenido que vivir muchas malas experiencias, sin embargo, tenemos que cargar con ellas.

El viejo hombre surgió de la mezcla de estos dos factores: La naturaleza caída que heredamos de Adán, más toda la experiencia acumulada en la vida. Estas dos cosas mezcladas son las que nos llevan inevitablemente al pecado. Pecamos por la debilidad de la carne en la que habitamos, pero también pecamos por todo tipo de programación que se forjó en nosotros desde que estábamos en el vientre de nuestra madre. Estas programaciones emocionales son la ley del pecado que está en nuestros miembros,

los cuáles son débiles (caídos) y por ello fácilmente son inducidos al pecado.

Si queremos ver esto en la Biblia, casi textualmente podemos citar Romanos 7:17 *“De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. v:18 Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. v:19 Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. v:20 Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. v:21 Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. v:22 Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; v:23 pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. v:24 ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”*. Este pasaje nos deja claro lo que es el viejo hombre.

Ahora bien, si podemos identificar que nuestro problema básico es el viejo hombre, debemos identificarlo en nuestro propio ser. ¿Quién es el viejo hombre? Somos nosotros mismos, es el resultado de nuestra experiencia de vida sin Dios. La Biblia lo llama “el viejo hombre” porque deduce que después de que conocimos al Señor, existe para nosotros un nuevo hombre. El viejo hombre es el que nos tiene bajo condenación, es el que nos acusa, el que nos cansa, el que nos frustra. En

nuestro país hay un dicho que dice: “*El niño llorón y el otro que lo pellizca*”, por un lado tenemos una carne que es débil, y por otro lado, nos toca vivir experiencias que nos impulsan a hacer lo que no quisiéramos hacer.

Cuando la Biblia aborda este tema, sólo el apóstol Pablo utiliza el término del “viejo hombre”. Es interesante que él se refirió al viejo hombre en tres citas: *Romanos 6:6*, *Efesios 4:22* y *Colosenses 3:9*, después de estos pasajes, podremos encontrar otros sinónimos para identificarlo, pero la expresión de “viejo hombre” solo se ocupa en estos tres pasajes. Gracias a Dios, Pablo nos hizo el favor de concentrar en esa expresión todo lo referente a la naturaleza caída del hombre, pues, no tenemos que hacer un estudio tan exhaustivo de toda la Biblia para poder comprender esta verdad, bastan estos tres pasajes que son muy concretos.

Para poder entender lo que nos dicen estos pasajes en referencia al viejo hombre vamos a dividirlo en dos aspectos: 1) Lo que nos dice *Romanos 6:6*, y 2) Lo que nos dice *Efesios 4:22* y *Colosenses 3:9*.

Lo que significa que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo.

Dice *Romanos 6:6* “*sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a*

fin de que no sirvamos más al pecado". La frase "para que el cuerpo del pecado sea destruido...", debería haberse traducido de la siguiente manera: "que el cuerpo del pecado sea *reducido a la impotencia*".

Hermanos amados, ¿Qué entendemos nosotros con la frase: "nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él"? Entender el verdadero significado de esta frase es el punto de partida de la revelación que el Señor nos quiere dar para nuestra restauración y liberación. Seguramente hasta el día de hoy hemos entendido exactamente lo que no es, pero reparemos este error doctrinal en base a la luz que el Señor nos ha dado en este tiempo.

Lo que quiere decir este pasaje en palabras sencillas es que el Señor murió en sustitución de nosotros, y de esa cuenta, Su muerte aplica para nosotros. El Señor pagó el precio de la demanda que teníamos ante Dios a raíz del viejo hombre, por lo tanto, ya no hay nada que arreglar desde el punto de vista de la justicia divina.

Cuando nosotros leemos que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, tendemos a usar la imaginación y nos trasladamos al tiempo cuando nuestro Señor estaba siendo crucificado y decimos: "allí en esa cruz donde crucificaron al Señor, allí me crucificaron a mí". Sí, pero así pasó según aspectos de justicia, no que esencialmente así haya sucedido. Hay una razón

para aseverar esto: “ninguno de nosotros existía hace dos mil años”. En la mente de Dios, cuando Cristo abrió sus brazos y los extendió en la cruz, Él estaba muriendo por todos nosotros, estaba realizando un sacrificio sustitutivo. El Señor murió por usted, y por mi, pero también murió por todos los que no lo reconocen como el Salvador. Jesús murió por toda la humanidad, murió por todos los asesinos, murió por los que están purgando algún castigo en la cárcel a raíz de sus hechos delictivos, murió en resumidas cuentas por todos.

¿Qué fue lo que se pagó en la cruz del calvario? Los efectos que iba a sufrir el hombre el día que Dios lo juzgara. Antes de que nuestro Señor Jesucristo muriera en la cruz, Dios habría de juzgar al hombre, lo metería en el infierno eternamente y para siempre, pero el día que Cristo murió, la disposición del Padre cambió, Él perdonó a todos los hombres. Por eso dice 2 Corintios 5:19 *“que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación...”*

Hermano querido, el Señor Jesucristo murió en la cruz con el objetivo que el hombre ya no fuera condenado. Tal vez usted dirá: “... Pero a esos sinvergüenzas que andan en la calle asesinando el Señor los va a condenar eternamente” Sí, es cierto, pero no los va

a condenar por lo que hicieron, sino porque la luz les vino y no la quisieron. Dios no puede agarrar a un ser humano y decirle: “*por violador te voy a meter al infierno eternamente*”, pero seguramente va a meter a millones al infierno “*por cuanto el Hijo murió por ellos, y ellos no aceptaron ese sacrificio*”. Dice Juan 3:19 “**Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas...**”

A este acto se refiere el apóstol Pablo al decir que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo, a la disposición de perdón y justificación que el Padre otorgó a todos los hombres que creen y aceptan el sacrificio de Cristo en la cruz. El gran conflicto de este pasaje surge cuando nosotros entendemos que ser crucificados juntamente con Cristo, es sinónimo de que nuestro viejo hombre ya no existe. ¿Cómo es posible entender esto con todas las ganas de pecar que tenemos?

Nuestro viejo hombre existe, está activo, eso nos lo grita todos los días nuestra naturaleza caída. ¿Percibimos que tenemos naturaleza adámica? Si somos sinceros diremos que sí. ¡Ah!, entonces quedemos claros que nuestro viejo hombre no fue destruido hace dos mil años, no nos confundamos. Hace dos mil años en el Calvario, a nosotros nos perdonaron cualquier pecado que hagamos a causa de que habitamos en esta naturaleza de bajeza, pero eso es muy diferente a creer que el

viejo hombre ya no existe. No debemos ignorar la actividad que el hombre viejo tiene en nosotros, pues, él es el que nos arrastra constantemente a pecar. Para confirmar lo que hemos dicho, leamos los siguientes pasajes:

Romanos 6:10 “Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive”.

Romanos 8:1 “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”.

En los textos originales no existe lo que hemos subrayado en el verso de Romanos 8:1, en los manuscritos originales sólo dice: *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”*. Lo demás es agregado de un copista, Si usted investiga en las mejores Biblias, se dará cuenta que no existe esa frase.

Al hilvanar estos dos versos lo que podemos entender es que el problema que nos imputaban a causa del viejo hombre ya fue solventado. El asunto jurídico en cuanto al pecado fue solucionado con la muerte sustitutiva de Cristo Jesús, por lo tanto, ya no hay más condenación eterna. Alguien dirá: *“Entonces, ¿podemos hacer lo que queramos?”* ¡No! porque somos hijos de Aquel que es tres veces Santo, a Él no le agrada que

pequemos, Él desea que vivamos en santidad. Dios a Sus hijos los disciplina, Él los castiga con vara, pero claro, hablamos de ser disciplinados como hijos; esto tiene un carácter doméstico, no judicial.

Debemos entender que ante la justicia divina ya todo lo concerniente al pecado está cancelado. Dios quiere que dejemos de pecar para vivir para Él, no por el temor de que seremos condenados eternamente; eso ya lo solucionó nuestro Señor Jesucristo. Como dijimos anteriormente, ni siquiera los impíos serán condenados por sus hechos, sino porque no creyeron en Cristo. El problema del creyente que peca no es de tipo legal, sino doméstico, por eso dice 1 Pedro 2:17 *“Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?”*. Este pasaje nos muestra que siempre va a haber una demanda de parte de Dios para los que somos de Su casa, pero Él separa a los de casa de los que no obedecen al Evangelio. Si usted fuera un juez de oficio, y tuviera que juzgar a sus hijos, seguramente no los metería a la cárcel, más bien, les aplicaría la vara de la disciplina, pues, los está juzgando en calidad de hijos. Así es Dios con nosotros en este tiempo, Él nos disciplina para que participemos de Su santidad, pero en ningún momento está pensando mandarnos al infierno eternamente. Debemos tener claro que bajo aspectos de justicia divina nuestro viejo hombre ya fue crucificado

juntamente con Cristo, Él, en la cruz ya canceló nuestra deuda legal.

¿Por qué es importante entender esto? Por que si no lo entendemos estamos evadiendo nuestra realidad, lo cual nos pone en una situación de desventaja para poder ser victoriosos ante nuestro viejo hombre.

No debemos ignorar que aun siendo Hijos de Dios, seguimos siendo los mismos sinvergüenzas de antes. Estas palabras quizás hieren nuestro orgullo, pero es nuestra realidad. Algunos dirán: “No es cierto, yo le creo a la Biblia, dice 2 Corintios 5:17 *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”*. ¡Cuidado!, no mal interprete la Biblia, este verso hay que leerlo con lupa; en realidad, usted tiene una nueva creación en su interior, y en el original no dice: “*las cosas viejas pasaron*”, sino “*las cosas viejas van pasando*”. El problema de muchos es que las cosas viejas nunca pasan, siempre siguen viviendo tan iguales a su vida pasada sin Cristo.

Cuando nosotros aceptamos a Cristo, el Espíritu Vivificante llegó a nuestro espíritu; éste fue tocado, y por ende, se alumbraron ciertas áreas de nuestra alma; de hecho, esto hizo posible que nosotros recobráramos la conciencia en cuanto al pecado. Según la Biblia, desde el momento en que nosotros recibimos al Señor, venimos a ser una

nueva criatura, sólo que somos un nuevo ser a la manera del pollo cuando aún es un huevo. Los pollitos se desarrollan dentro del huevo pero llega el momento en que rompen el cascarón y salen al mundo; más o menos esto es lo que nos pasa a nosotros al momento que creemos en el Señor. Cuando el Señor viene a nuestras vidas, Él vive en lo profundo de nuestro ser, en nuestro espíritu, pero lo que Él desea es quebrar el cascarón de nuestro viejo hombre para poder vivir libremente en todo nuestro ser. Obviamente, esto es un proceso, no es algo que sucede de manera instantánea.

Aunque suene raro y negativo, cuando aceptamos a Cristo, a pesar de que llegamos a ser Hijos de Dios seguimos siendo los mismos. Tratar de obviar esta realidad es lo que hoy por hoy nos tiene frustrados en la vida cristiana ¿Sabe por qué? Porque no nos dimos cuenta que nos sucedió exactamente como cuando comenzamos una dieta. Hay dietas en las que botamos mucho líquido, y a los cuatro o cinco días ya hemos perdido entre ocho y diez libras, eso nos anima, pues, creemos que en treinta días habremos perdido sesenta libras. En realidad nadie puede perder tanto peso de la noche a la mañana (a menos que esté enfermo), la matemática corporal no funciona así, y tampoco nuestros ánimos soportan tanta restricción en la comida. Al inicio de la dieta si nos ponen una hamburguesa de siete pisos, la rechazamos, preferimos comernos dos

lechugas frescas, la razón es que tenemos el ánimo para soportar el hambre, la pregunta es: ¿cuánto nos durarán esos ánimos?. Lo mismo sucede cuando decidimos hacer ejercicio, buscamos el mejor gimnasio, compramos ropa especial, y empezamos con los ánimos arriba, pero como es la experiencia de la mayoría, a los quince días los ánimos ya se fugaron. ¿Acaso no es lo mismo que no sucedió cuando aceptamos a Cristo? Nos estimularon el alma, nos bombardearon con pensamientos tales como: “De ahora en adelante usted tiene que ser diferente porque tiene a Cristo en su corazón”, “usted es una nueva persona”, “ahora que tiene a Dios de su lado usted es más que vencedor”. Nosotros creímos todo lo que nos dijeron, nos animamos, dijimos nuestro primer “¡Amén!”, compramos Biblia nueva, y con tal energía comenzamos nuestra vida en Cristo, pero cuatro o cinco meses más tarde nuestros ánimos decayeron. Luego los mismos hermanos que nos habían animado nos dijeron: “hermano, usted ha perdido su primer amor”. Esta frase se la dijeron a la Iglesia de Éfeso, a esa Iglesia le dijeron que había perdido su primer amor, pero note que aún así la elogiaron porque hacía muchas cosas para Dios; pero nosotros a los cinco meses de haber conocido al Señor, ya no tenemos deseos de nada, y ni siquiera habíamos hecho algo. Lo que nos sucede es que se nos apagaron los ánimos, ¿sabe por qué? Porque nuestro viejo hombre sigue exactamente igual, no ha cambiado en lo más mínimo.

Definitivamente, suceden muchas cosas cuando nosotros recibimos a Cristo porque somos seres conformados por espíritu, alma y cuerpo. Una parte de nuestro ser se emociona al percibir a Cristo viviendo en el interior, de modo que la carga emocional nos envuelve y sentimos que nuestra vida ha dado un giro total. De pronto nos pasan las de los niños cuando tienen un juguete nuevo, lo exhiben a todo mundo y no lo prestan. Eso nos sucede a nosotros con todas las cosas nuevas que vienen a nuestra vida, nos emocionamos, nos sentimos realizados unos días, pero las emociones son pasajeras. Recordemos que Cristo no sólo vino a cambiar nuestra vida interior, sino que también cambió nuestro exterior; conocimos a nuevas personas, iniciamos la lectura bíblica, empezamos a asistir a reuniones de Iglesia, en fin, junto con creer en Cristo, y su obra interior, hubo una serie de cosas novedosas a nuestro alrededor.

Lo que no nos damos cuenta es que el nuevo entorno que tenemos al venir al Señor no necesariamente cambia las intenciones y la naturaleza de nuestro viejo hombre, éste sigue siendo el mismo de antes. Antes en el mundo estudiábamos para ser los mejores de la Universidad, ahora estudiamos la

Biblia para ser los mejores de la Iglesia. Otros cuando eran incrédulos deseaban ser cantantes y no lo lograron, pero se dan cuenta que ahora en Cristo pueden encontrar su realización cantando en la Iglesia. ¿Qué es lo que cambió? Pues, no mucho, la mayoría de cambios fueron el resultado de un alma que se emocionó con lo novedoso, pero que de igual forma lo puede abandonar de un día para otro.

¿Por qué nos asusta el hecho de pensar que nuestro viejo hombre sigue igual, acaso no nos hemos dado cuenta que es nuestra realidad? ¿Nos da miedo pensar que seguimos siendo los mismos de antes? Nos guste o no, seguimos siendo los mismos maquiavélicos para pensar que antes, seguimos teniendo los mismos pensamientos sucios, la única diferencia es que ahora aparentamos con cara de piedad. Hermanos varones, ¿Acaso nos volvimos ángeles el día que aceptamos al Señor? ¿Podemos ver aún en nuestro interior asuntos pasionales e inmoralidades? ¿No es cierto que nos atormenta nuestra conciencia cuando seguimos viendo al sexo opuesto de la misma manera que antes? ¿No nos sentimos atraídos aun por los vicios que antes teníamos? En muchos casos la diferencia es que antes todas estas cosas estaban sobre la mesa y ahora están debajo del tapete. ¿No es más correcto reconocer que allí está el problema y que fue la emoción la que nos hizo cambiar unos días nuestros hábitos? Reconozcamos que al igual que la propuesta de

hacer dieta y ejercicio, lo mismo nos aconteció al venir a Cristo, los ánimos nos impulsaron pero estos mismos nos enfriaron.

Nos ha llegado el tiempo de concatenar la Biblia con la experiencia, no es posible que leamos un libro ajeno a nuestra realidad; tenemos que hacer una corrección entre la doctrina y nuestra experiencia. Si usted recuerda al apóstol Pedro, se dará cuenta que él siguió siendo el mismo aunque caminó con el Señor tres años y medio. El mismo día en que el Señor iba a ser llevado a la cruz, Pedro sacó su espada y le cortó la oreja a un hombre; ¡Ah! qué apóstol tan iracundo. ¿Acaso Pedro no había sido discipulado por el Señor? Esto sólo es una muestra que los cambios en el Señor no se dan por arte de magia, no surgen de la noche a la mañana, no son instantáneos. Es más, todos los discípulos siguieron iguales, no cambiaron; Judas siguió siendo el mismo ladrón de siempre, y los demás de ellos, todos abandonaron al Señor.

Hemos mal entendido lo que es ser nuevas criaturas en Cristo; nacer de nuevo no significa que ya no tenemos un viejo hombre. Esta es la frustración de muchos hermanos, creen que al aceptar a Cristo su viejo hombre que los arrastraba al pecado ya no estará más; y se frustran cuando se dan cuenta que de pronto de la tumba se empieza a levantar el viejo hombre. Ellos creían que éste ya estaba muerto, pero de pronto

lo ven que se levanta, que acciona, y es más, se dan cuenta que no lo pueden controlar.

Hay hermanos que creen que su doctrina es infalible, y cuando ven a hermanos atados por vicios (como el alcohol), lo que dicen es: *“Quizás esta persona no aceptó de verdad al Señor, porque todo aquel que es Hijo de Dios, tiene que dejar de ser alcohólico”*. No seamos tan crueles, no juzguemos a los demás de esa manera, reconozcamos que aunque nuestro caso no sea la atadura del alcoholismo, sabemos que estamos dominados por el viejo hombre en otras áreas de nuestra vida. No hemos sufrido una transformación genuina en nuestra vida, en mucho solo somos el resultado de la cultura en la que crecimos, o la presión que ejerció en nuestras vidas el círculo social que nos rodeó. Para algunos es fácil hablar en mal y juzgar a los drogadictos porque a ellos sus padres los cuidaron tanto, que ni siquiera les dieron dulces para que no corrieran el riesgo de que se les trabaran en la garganta. Eso no es tener victoria sobre el alcohol, o las drogas, eso es el resultado de haber sido bien educados. No confundamos la buena educación con la santidad que resulta de una verdadera transformación.

Nosotros no hemos sido transformados porque hemos creído a una falsa doctrina. Hemos cometido el error de creer que nos eliminaron el viejo hombre en la muerte de Cristo. Desconocemos la terminología que usó el apóstol

Pablo al referirse a *que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo*. Si nosotros decimos que nos crucificaron juntamente con Cristo hace dos mil años, estamos asumiendo que somos seres pre-existenciales, que estuvimos presentes en el escenario del Gólgota; pero no podemos imaginar este tipo de cosas sólo para darle una explicación a nuestra doctrina. Lo que debemos entender de este verso de *Romanos 6:6* es que el Señor Jesús hace dos mil años aceptó pagar con precio de sangre todos nuestros pecados (tanto los que ya cometimos como los que no hemos cometido). El acto del calvario fue una solución jurídica, legal; ninguno de nosotros morimos “físicamente” con Cristo, y la razón es lógica, ni siquiera existíamos en ese tiempo. Cuando el apóstol Pablo dijo que fuimos crucificados juntamente con Cristo, él estaba pensando de una manera jurídica, no literal. La explicación más sencilla a este verso pudiera ser: Nosotros merecíamos morir, pero Cristo murió substitutivamente por nosotros, bajo ese sentido podemos decir que fuimos crucificados con Él, porque Él pagó el precio por nuestros pecados.

El viejo hombre es lo que heredamos de Adán más las experiencias que acumulamos a lo largo de nuestra vida. ¿Está eso vigente en nosotros? Por supuesto. Al venir a Cristo nuestro pasado fue cancelado en cuanto al aspecto de una deuda eterna, es decir, ya no debemos pagar nada por ser libres de la esclavitud de la muerte y del pecado.

Ahora bien, una cosa es el decreto legal que existe de parte de Dios para darle solución al viejo hombre, pero cosa muy aparte es la realidad y la experiencia que nosotros tenemos con el hombre viejo. Es imposible obviar nuestras reacciones, nuestras fobias, nuestras actitudes, nuestras debilidades, etc. de las cuales ni nosotros sabemos porqué las tenemos; ante tal experiencia, ¿Cómo podemos decir que el viejo hombre fue crucificado con Cristo, y que éste ya no existe?

La experiencia de Cristo en nosotros es como cuando se siembra una semilla, esta no germina de la noche a la mañana, y mucho menos se obtienen frutos de ella al día siguiente de haberla sembrado; sabemos que es un proceso. El apóstol Pablo nos quiere enseñar a lidiar con el viejo hombre, y que comprendamos cuál es el proceso para que obtengamos victoria sobre él.

La vieja naturaleza que tenemos se reinventa constantemente; nosotros somos como una computadora, la cual está llena de programas, los cuales a su vez se están actualizando constantemente. Así es el viejo hombre, se reinventa, se actualiza, se disfraza, y en nuestro caso, hasta se vuelve religioso, razón por la cual nos cuesta trabajo identificarlo. De manera innata todos los seres humanos siempre buscamos aceptación dentro del grupo social al que pertenecemos, de modo que al convertirnos al Señor, procuramos ser aceptados en nuestro

nuevo círculo de vida. A raíz de esta tendencia de nuestro viejo hombre, de repente actuamos como cristianos, les servimos a los demás, buscamos predicar, cantamos, oramos, y sobre todo procuramos aquellos carismas con los cuales nos podamos ganar el aprecio de los demás. El viejo hombre se adapta a la novedad que ha llegado a nuestra vida, en realidad él no cambia, sólo se adapta al nuevo entorno, y tranquilamente sigue siendo el mismo. El que antes deseaba ser el más sobresaliente de todos sus “amigotes” mundanos, ahora quiere ser el más sobresaliente en la Iglesia, ¿Qué cambió? ¡Nada!, el viejo hombre sólo tuvo una actualización; antes pertenecía a la barra del equipo de fútbol, ahora pertenece a un grupo religioso. Lo tremendo de esto es que hay muchos que creen que han sido transformados porque ahora hacen cosas diferentes, es más, hasta predicar; a esas alturas ellos creen que su hombre viejo fue historia, lo que no se dan cuenta es que siguen siendo iguales, lo único que les ha acontecido es que su hombre viejo predica. ¡Cuán lejos están de tener victoria sobre el viejo hombre!

Hermanos, recibir a Cristo Jesús como nuestro Salvador no es sinónimo de tener victoria sobre el viejo hombre, ese acto de fe sólo nos da la llave y el elemento divino que necesitamos para poder reducirlo a la impotencia. Ahora que somos Hijos de Dios, nosotros debemos reconocer abiertamente dos factores que conforman nuestra realidad y experiencia:

1) *Tenemos a Cristo en nuestro espíritu.*

Esto es una realidad, independientemente de lo que sintamos, o experimentemos, somos Hijos de Dios, es un hecho irreversible. Tal como dijo el apóstol Pablo: “... Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”.

2) *Seguimos siendo los mismos de antes:*

Nadie puede cambiar de la noche a la mañana, como ya dijimos anteriormente, aunque seamos Hijos de Dios seguimos siendo los mismos. La religión solamente nos da un cambio externo, sin embargo, esta fachada sólo viene a empeorar nuestra situación porque ahora aprendemos a fingir muchos de nuestros fracasos internos. Los cambios instantáneos, en su mayoría, no son duraderos. Cuando descubrimos que seguimos siendo los mismos, entramos en crisis de fe, y al no poder sostener y manejar estas crisis, suceden cosas caóticas.

Entonces, por un lado debemos saber que Cristo está en nosotros, pero por otro lado, debemos reconocer que nuestro viejo hombre sigue inmutable, seguimos siendo los mismos. Esta

realidad la encontramos implícitamente en lo que dice Efesios 4:22 *“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre...”*. Si el viejo hombre no existiera, ¿Por qué Pablo nos pide que nos despojemos de él? Si alguien dijera: *“Voy a matar al muerto”*, ¿verdad que sería incongruente? ¿Qué sentido tendría matar algo que no está vivo?. De igual manera debemos pensar en cuanto al viejo hombre ¿Qué sentido tendría deshacernos de algo que no tenemos? Si el apóstol Pablo nos dice que nos *“despojemos del viejo hombre”* es porque éste existe y está activo.

Lo que el apóstol nos dijo en Romanos 6 es que la acción legal contra el viejo hombre ya fue solucionada, pero acá en Efesios nos enseña cómo lidiar y cómo tener victoria sobre él en nuestra experiencia. Esto es parecido a los siete días de la creación, en el primer día dijo Dios: *“Sea la luz...”*, sin embargo, todo lo demás siguió desordenado. Lo hermoso fue que al primer día le siguieron seis días más en los cuáles Dios terminó Su obra. Igualmente es lo que nos sucede al venir a Cristo, lo primero que Dios hace es darnos luz, la Luz de la Vida Divina, pero todo lo demás en nosotros sigue desordenado y vacío, sin embargo, allí comienza la obra de la cual dijo el apóstol Pablo: *“...estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”* (Filipenses 1:6).

Remarquemos con el siguiente pensamiento todo lo que hasta acá hemos leído: “QUE SEAMOS HIJOS DE DIOS NO QUIERE DECIR QUE NUESTRO VIEJO HOMBRE YA NO EXISTE. QUE SEAMOS HIJOS DE DIOS NO QUIERE DECIR QUE SOMOS TOTALMENTE DIFERENTES A LO QUE ANTES ÉRAMOS, SEGUIMOS SIENDO IGUALES. EL SEÑOR HA DE GUIARNOS EN LA RUTA DE LA CONTEMPLACIÓN PARA PODER ENCONTRAR LA LIBERACIÓN QUE TANTO HEMOS AÑORADO TODA NUESTRA VIDA CRISTIANA.

Dónde y cómo identificamos al viejo hombre

El apóstol Pablo dice en Efesios 4:17 *“Esto digo, pues, y afirmo juntamente con el Señor: que ya no andéis así como andan también los gentiles, en la vanidad de su mente, v:18 entenebrecidos en su entendimiento, excluidos de la vida de Dios por causa de la ignorancia que hay en ellos, por la dureza de su corazón; v:19 y ellos, habiendo llegado a ser insensibles, se entregaron a la sensualidad para cometer con avidez toda clase de impurezas. v:20 Pero vosotros no habéis aprendido a Cristo de esta manera, v:21 si en verdad lo oísteis y habéis sido enseñados en El, conforme a la verdad que hay en Jesús, v:22 que en cuanto a vuestra anterior manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos”*.

El apóstol claramente nos dice que nos despojemos del viejo hombre, esto quiere decir que no es un elemento que ha desaparecido. Si queremos identificar nuestro viejo hombre, estos versos nos dan luz para que miremos las características generales que éste tiene. Para empezar, en el v:17 Pablo nos dice que el viejo hombre camina en la ruta de los gentiles, y nos dice enfáticamente que nosotros podemos ser hijos de Dios pero a la vez seguir caminando el camino de los gentiles. ¡Ah!, entonces el viejo hombre no murió hace dos mil años, sigue vivo, es la manera de vivir de los gentiles, y también la nuestra, sólo que en nuestro caso como hijos de Dios, ahora ha mutado a la religiosidad. Debemos identificar nuestro viejo hombre, y no debemos ignorar que está activo.

En este pasaje el apóstol Pablo también nos muestra la manera operativa del viejo hombre. Cuando nosotros pensamos en el viejo hombre, de manera normal lo asociamos con alguien sucio, depravado, soberbio, lujurioso, etc. el error que cometemos es que sólo logramos ver los frutos, no el árbol que genera esos frutos. Hay creyentes que luchan por no seguir siendo borrachos, lo que no se dan cuenta es que eso sólo es un fruto del árbol, más bien deberían procurar arrancar el árbol. ¿Ha visto cuántos cientos de mangos produce un árbol de mango? ¿Que logramos con quitarle un mango? ¡Nada!, le quedan todavía cientos de ellos. Así es nuestro viejo hombre, no lo solucionamos con

arrancarle un pecado, lo que necesitamos es vencerlo desde la raíz.

El origen del viejo hombre no lo encontramos en las acciones, sino en la mente. Pablo nos acaba de decir que ya no andemos *como andan también los gentiles, en la vanidad de su mente, entenebrecidos en su entendimiento, excluidos de la vida de Dios*. La esencialidad del viejo hombre cuesta identificarla, todavía más, cuando nuestro círculo de acción está entre gente altamente religiosa. Hay muchos creyentes que se esfuerzan por vencer ciertas áreas de su vida para que la gente no hable en mal de ellos, no se dan cuenta que la fuente de esos cambios sigue siendo su viejo hombre. Es por eso que hay creyentes “sobrios”, “no alcohólicos”, pero orgullosos, prepotentes que siempre están por encima de los demás. El apóstol Pablo no se dirige a los pecados como la raíz del viejo hombre, sino a ciertas cosas que veremos a continuación.

La vanidad de la mente:

La raíz del viejo hombre es la vanidad de la mente; él vive en una mente sumergida en las cosas de este mundo, una mente que no puede aquietarse, que sólo funciona para lo trivial, para aquello que no tiene fruto ni valor. Tal vez nosotros no tenemos problemas con el alcohol, pero ¿Acaso no tenemos problemas con nuestra mente? ¿Por qué nos cuesta poner atención en las capacitaciones? ¿Por qué no entendemos lo que nos enseñan? ¿Por qué nos desesperamos si no revisamos el celular durante las reuniones? ¿Por qué no nos podemos concentrar? ¡Ahora sí vamos llegando al meollo del asunto! Es que un rasgo genuino del viejo hombre es una mente dada a la vanidad, una mente incontrolable. Hay creyentes que no pueden callarse ni un minuto, y cuando se callan exteriormente, en su mente tienen metrallas de pensamientos; talvez no sean pensamientos depravados, pero igualmente son incapaces de contener los versículos de la Biblia que pululan en sus mentes.

S
E
M
A
N
A
-
4
-
13
/
06
/
17

Un entendimiento entenebrecido:

Esta es una mente que no es capaz de recibir, ni procesar las cosas del Espíritu. No debemos aplaudirle a aquellos hermanos que después de las reuniones, “sinceramente” dicen: “*Yo no entendí nada del mensaje*”. Otro síntoma del viejo hombre, precisamente, es la torpeza para asimilar las cosas de Dios. La cultura y la falta de conocimiento académico no son excusa para ser ignorante de las cosas que atañen a Dios. La mayoría de los apóstoles del Señor eran hombres del vulgo, hombres no letrados, sin embargo, tuvieron una gran revelación del Reino de Dios, y la gente se maravillaba cuando los escuchaban hablar.

Viven ajenos a la vida de Dios:

Esta es una mente no entrenada para ser sierva. Una mente ajena a la Vida de Dios es aquella que no le da lugar al espíritu para estar en la dimensión de la luz.

Todo hijo de Dios debería ser capaz de capturar la luz divina y convertirla en palabras. Dice 1 Corintios 2:7 *“sino que hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que, desde antes de los siglos, Dios predestinó para nuestra gloria; v:8 la sabiduría que ninguno de los gobernantes de este siglo ha entendido, porque si la hubieran entendido no habrían crucificado al Señor de gloria; v:9 sino como*

está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyo, Ni han entrado al corazón del hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman. v:10 Pero Dios nos las reveló por medio del Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. v:11 Porque entre los hombres, ¿quién conoce los pensamientos de un hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Asimismo, nadie conoce los pensamientos de Dios, sino el Espíritu de Dios. v:12 Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado gratuitamente, v:13 de lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu, combinando pensamientos espirituales con palabras espirituales". Nuestra mente debería estar entrenada para captar la luz de Dios (pensamientos espirituales) y convertirlos en palabras inteligibles, tanto para nosotros mismos como para los demás. Lo que deberíamos experimentar de manera normal es como lo que sucede en una presa hidroeléctrica; a través de ella fluyen corrientes de agua, las cuales a su vez mueven unas turbinas que accionan los generadores eléctricos, y luego esa electricidad llega a las casas de la comunidad. Tal capacidad deberíamos tener nosotros los hijos de Dios, tendríamos que ser capaces de capturar los impulsos del Espíritu y convertirlos en palabras

espirituales. Si esta no es nuestra experiencia es porque le hemos dado cabida al viejo hombre.

Dice el apóstol Pablo en *Efesios 4:20* “*Pero vosotros no habéis aprendido a Cristo de esta manera, v:21 si en verdad lo oísteis y habéis sido enseñados en Él, conforme a la verdad que hay en Jesús*”. Este aprendizaje del que nos habla este verso no se refiere a entender una doctrina propiamente, sino a la verdad subjetiva que obtenemos al permanecer delante del Señor. En otras palabras, no es una verdad que aprendemos oyendo acerca de Él, sino es una verdad que aprendemos por estar con Él. Lo que el apóstol Pablo nos está diciendo es que corriamos nuestra manera de vivir; por años vivimos conforme al viejo hombre, en la vanidad de la mente, con un entendimiento entenebrecido y alejados de la Vida de Dios; ahora que tenemos a Cristo debemos aprender algo diferente, debemos aprender directamente de Él.

Dice *Efesios 4:22* “*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos*”.

Tanto los deseos engañosos como la antigua manera de vivir, vienen a ser un distintivo del viejo hombre. En términos modernos usados por la psicología, a estos dos rasgos podríamos llamarle los apegos excesivos y los programas emocionales, respectivamente. De acá en adelante

trataremos de usar estos términos por motivos de tener más luz en lo que ya nos dice la Biblia de manera literal. Leer La Escritura no necesariamente nos da la luz que necesitamos, parte del ministerio que le debemos a la palabra es explicarla. Si recordamos el caso del etíope, eunuco, funcionario de Candace reina de los etíopes, el cual había venido a Jerusalén para adorar, volvía sentado en su carro leyendo al profeta Isaías; acudiendo a él Felipe, le dijo: Pero ¿entiendes lo que lees? El dijo: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare? Y rogó a Felipe que subiese y se sentara con él (Hechos 8). Vemos, pues, que la lectura de la Biblia, no necesariamente nos revela una verdad, es allí donde son necesarios los miembros del Cuerpo de Cristo a quienes Dios les ha dado la gracia para explicarla. En ese sentido acudiremos a estos términos modernos de la psicología, pues, tendremos una mejor explicación de lo que nos dice la Biblia. Recordemos que la Biblia fue escrita hace dos mil años, por lo tanto, necesitamos explicarla con una terminología más adaptada a nuestro tiempo, obviamente, sin salirnos de la doctrina impartida por el apóstol Pablo.

La antigua manera de vivir, sinónimo de los programas emocionales para la felicidad.

La antigua manera de vivir es un formato de vida, y un formato, en términos modernos responde a una programación, a algo ya prefijado, por lo

tanto, no estamos fuera de contexto al usar la frase “Programas Emocionales”. Al usar esta terminología psicológica, lo que pretendemos es conocer un poco más acerca del ser interior del hombre. No es malo que usemos la ciencia moderna para entender un poco más la verdad de Dios. Tradicionalmente, hemos sido bastante religiosos y cerrados para conocer y usar ciertos conceptos de la psicología, pero esto no es malo, toda vez y cuando sólo sea una herramienta, y no el centro de lo que hablemos. Sabemos que la única solución para el hombre es Dios, jamás usaremos la psicología para buscar nuestra restauración. Si nosotros anhelamos tener victoria sobre el viejo hombre, debemos observarlo y estudiarlo para lograr ese fin, de lo contrario, ni siquiera sabremos ubicarlo en nuestra existencia.

El ser humano es muy complejo, no guarda información sólo a nivel de la mente, sino también a nivel emocional, sean estas buenas o malas experiencias. Es de suma importancia saber que nosotros no almacenamos información solo a nivel del cerebro, sino que en ello está implícito todo nuestro sistema nervioso. Hay cosas que nosotros guardamos emocionalmente, por ejemplo, las experiencias que nos sucedieron cuando estábamos en el vientre de nuestra madre. Obviamente, nadie tiene la capacidad de recordar su etapa de vida fetal, sin embargo, la tenemos registrada a manera de emociones. Hasta el día de hoy, hay muchas cosas que nosotros no las

guardamos memorísticamente, sino emocionalmente.

Si nosotros pensamos en algunas de las cosas que tienen que afrontar los seres vivos, encontraremos que muchas de ellas fueron desagradables; algunos no fueron deseados por sus progenitores, otros fueron abandonados, otros fueron maltratados, etc. pero de manera instintiva el ser humano trata de sobreponerse a ese sufrimiento, de una ú otra forma, desde pequeños todos tratamos de crear un refugio, procuramos no sufrir, siempre buscamos la manera de ser felices; y así es como se forman los programas emocionales.

En este mundo todos buscamos la felicidad, aunque en experiencia la tenemos muy limitada. La razón por la cual buscamos ser felices es porque de manera inherente sabemos que Dios nos hizo para ello. De hecho, una de las cosas que ha de sucedernos antes de entrar a la eternidad es que Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos y ya no habrá más tristeza ni dolor, seremos felices eternamente. En aquel tiempo ya nadie sufrirá por nada, ni siquiera tendremos ambición y ansiedad por las riquezas, estaremos plenos en Dios. Todo lo contrario nos sucede en esta vida, siempre estamos expuestos al dolor, por lo tanto, buscamos la manera de escondernos de nuestra realidad a través de los Programas Emocionales para la Felicidad.

Cuando a alguien lo empiezan a molestar, se burlan de él, y lo hacen sentir vulnerable, esta persona adopta una manera de ser mediante la cual se pueda sentir protegido de ese daño emocional, de allí que algunos se vuelven enojados, introvertidos, prepotentes, etc. Lo que hacemos inconscientemente ante las circunstancias de la vida es programarnos emocionalmente con tal de ser felices, de allí es que surgen los diferentes caracteres personales. No es que esa coraza de defensa sea la verdadera personalidad de cada ser humano, sino que es el mecanismo que todos utilizamos para evitar el dolor, y así es como todos nos vamos programando emocionalmente a lo largo de nuestra vida; a esto se refiere el apóstol Pablo cuando nos exhorta a que nos despojemos del viejo hombre, a que desechemos todos los programas emocionales en los cuales nos hemos refugiado.

¿Se da cuenta lo complejo que es ser libres del viejo hombre? Es reconocer que necesitamos ser liberados de la naturaleza caída que heredamos de Adán más todas las programaciones emocionales que hemos adquirido en la vida. Hay creyentes que vienen al Señor y por más que lo intentan, no pueden dejar de ser iracundos, callados, orgullosos, apocados, etc. la razón es que no logran identificar su viejo hombre, por lo tanto, no encuentran liberación.

Los deseos engañosos, sinónimos de los apegos excesivos.

En cuanto a los deseos engañosos, o los apegos excesivos, podemos decir que son aquellas conductas que le dan placer al hombre. Los apegos excesivos son una inclinación, o una reincidencia en ciertas prácticas que satisfacen el ego del hombre, los cuáles no se pueden dejar tan fácilmente. Un apego excesivo es lo que nosotros conocemos como un “vicio”, es decir, una práctica de la cuál ya no tenemos manera de escapar.

Podemos decir que los apegos excesivos son el botón de encendido de los programas emocionales. Nadie tendría una marcada programación emocional, a menos que ésta le cause cierto placer en la vida. Reconozcamos que el que es de carácter violento, le gusta ser así; el que es introvertido, de igual manera halla placer sintiéndose retraído en sí mismo. Según estudios que algunas personas hicieron, de un 100% de mujeres que se han divorciado de sus maridos por ser alcohólicos, un 70% de ellas se han vuelto a casar con maridos alcohólicos. ¿A qué se debe este fenómeno? A las programaciones emocionales y a los apegos excesivos al maltrato marital.

Los apegos excesivos generan pasiones irresistibles debido a nuestra naturaleza caída. El hombre es capaz de caer en pasiones insospechadas, somos seres que podemos caer en

aberraciones inimaginables. Hay cosas que no se pueden explicar, por ejemplo, pensar qué gusto le encuentran las personas alcohólicas a vivir toda su vida en extrema ebriedad, y de igual manera los drogadictos, o ¿En qué momento un varón pueden llegar a enamorarse de alguien de su mismo sexo?, ¿Cómo es que tanto hombres y mujeres pueden caer en el homosexualismo? Son cosas que no nos caben en la cabeza, pero ciertamente nacieron de una pasión. Por esta razón el apóstol Pablo le dijo a Timoteo: *“huye de las pasiones juveniles”*, porque el problema está en apegarnos a aquellas cosas que son para nosotros el “clic” de la felicidad.

Los apegos excesivos tienen su raíz en el engaño. El apóstol Pablo dice que nos despojemos del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos. Como ya vimos, la finalidad del hombre es buscar la felicidad; en esa búsqueda surgen apegos excesivos, pero al final lo que menos se encuentra es la felicidad, por lo tanto, los apegos excesivos son un engaño. Hubo un joven que se enamoró perdidamente de una jovencita; él era guapo, músico, estudioso y con muchas otras virtudes, pero lo triste fue que la señorita no lo quiso a él de igual manera. Un día ella ya no quiso ser su novia, y se terminó casando con otro hombre. Han pasado muchos años, y hasta el día de hoy aquel joven (a estas alturas ya un hombre) no ha podido casarse con nadie más. Aquella señorita se le hizo un apego excesivo en

su alma que lo ha llevado a un fracaso personal, pues, interiormente sigue esperando a la que fue el amor de su vida. ¿A cuántas personas no les ha pasado esto mismo? Es porque ciertas conductas, personas o cosas se convierten en un apego excesivo. ¿Cuántas señoritas terminan siendo madres solteras por apegos excesivos de su alma? Tal vez sus padres las aconsejan que el "fulano" no les conviene, pero por más que les digan las cosas, ellas se apegan en extremo a esa relación que finalmente las lleva al fracaso. ¿Por qué insisten las señoritas en esas relaciones prohibidas? Porque les causa placer, se sienten felices, creen que al fin estarán realizadas; por eso decíamos anteriormente: Los apegos excesivos son el botón de encendido de los programas emocionales.